

## Por mandato divino: el mundo de George Bush

Por Irene ZEA PRADO\*

LOS DIAS SE SUCCEDEN con una velocidad vertiginosa, ya pasó una semana y no podemos recordar donde quedó el domingo. Nuestra atención es tan perezosa que a veces se olvida de consignar meses enteros. Sin embargo, hay imágenes, apenas unos *flashes*, que se nos quedan grabadas como tinta indeleble. ¿Quién no recuerda aquella foto de la niña en Vietnam que corre llena de dolor y terror, porque su cuerpo desnudo de escasos ocho años ha sido lacerado con napalm? ¿O cómo olvidar la mañana del 11 de septiembre de 2001, cuando en vivo y en directo vimos derrumbarse dos torres, con un saldo de quien sabe cuántos muertos? Víctimas inocentes de dos guerras muy parecidas por sus objetivos y sus tácticas. En la Guerra Fría, Estados Unidos en aras de proteger la libertad del hombre y las formas democráticas de gobierno, alentó y solapó, principalmente en América Latina, las dictaduras más crueles y execrables de la historia. En la otra guerra, la del terrorismo, dos fundamentalismos, en nombre de Dios y en nombre de Alá, buscarán, haciendo la guerra para lograr la paz, redimir cuentas pendientes y cobrar nuevas afrentas.

Entre la caída del Muro de Berlín y el desplome del Centro Mundial de Comercio en Nueva York, fin y principio de una y otra guerra, median diez años. Diez años que son una especie de *impasse*, de interrogación: muerto el "socialismo real" el mundo parece caminar sin dirección. Los teóricos pronto se aprestarían a definir el nuevo ordenamiento internacional. Se destacarían dos tendencias: la optimista de Francis Fukuyama y la pesimista de Samuel Huntington. El primero aseguraría que la Historia, con mayúscula, había llegado a su fin: "Al triunfar el capitalismo, se impuso, como modelo universal, la democracia representativa y la economía de mercado. Nada ni nadie los puede desplazar. ¿Será que hemos hecho realidad el *Mundo feliz* de Aldous Huxley?"<sup>1</sup> El segundo, por el contrario, tendría un diagnóstico sombrío: "La última fase de la evolución del conflicto en el mundo moderno

\* Profesora del Centro de Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <shivaia@correo.unam.mx>.

<sup>1</sup> Francis Fukuyama, "Second thoughts: the last man in the bottle", *The national interest*, num. 56

estará caracterizada por la confrontación entre civilizaciones”<sup>2</sup> Otros autores, menos absolutos, también incursionarían en el devenir humano. Tanto para Paul Kennedy como para Richard Haass, los días del César romano del siglo XXI Estados Unidos—estaban contados: “Si nos atenemos a la experiencia histórica, todos los imperios encierran en su seno las semillas de su propia destrucción”.<sup>3</sup> “El declive del poderío estadounidense es inevitable frente al surgimiento de otros polos de poder”<sup>4</sup>

Pero sin lugar a dudas, el más sorprendido por los drásticos cambios en la configuración del escenario internacional sería el propio Estados Unidos. De repente, de la noche a la mañana, se quedó sin rival. Sus “amigos” ya no pueden definirse por su anticomunismo, ni sus “enemigos” en función de su afiliación con la Unión Soviética. Muchas instituciones que se habían creado *ex professo* para detener al comunismo, como la OTAN, entre otras, ya no tenían razón de ser.<sup>5</sup> El fin de la contienda de las dos superpotencias; la falta de un enemigo militar real que ponga en entredicho el poder de Washington; el rápido deterioro ambiental, junto con el surgimiento de nuevas amenazas de carácter transnacional, como las migraciones y el narcotráfico; la desintegración de los conceptos clásicos de soberanía nacional y la emergencia de una economía cada vez más globalizada, arrojarían a Estados Unidos a una especie de limbo: no acertaba a comprender el nuevo mundo que le rodeaba, ni el papel que le tocaba en él.<sup>6</sup>

De esta manera, durante los noventa, estrategas e ideólogos, tanto conservadores como liberales, buscarían, sin mucho empeño, un nuevo principio rector que sustituyera al comunismo, alrededor del cual se había formado y racionalizado la política exterior de Estados Unidos durante más de cuatro décadas. Unos recurrirían al discurso tradicional de intereses y seguridad, otros a nuevos paradigmas como interdependencia, globalización y sociedad civil.<sup>7</sup> Pero ninguno, en realidad,

<sup>2</sup> Samuel Huntington, “The clash of civilizations”, *Foreign affairs* (Summer, 1993)

<sup>3</sup> Paul Kennedy, *The rise and the fall of the great powers economic change and military conflicts from 1500-2000*, Nueva York, Random House, 1987

<sup>4</sup> Richard Haass, *The reluctant sheriff*, Washington, Council of Foreign Relations Press, 1997

<sup>5</sup> Anne Applebaum, “The New World Order America and the New Geopolitics”, en Władysław Pleszczyński, ed. *Our brave new world*, Washington, Hoover Institution Press, 2002, p. 3

<sup>6</sup> FPIF editores, “Foundations for a new foreign policy”, *Foreign policy in focus* (Washington), 3 de abril, 2002

<sup>7</sup> Tom Barry, “El complejo poder de los Estados Unidos: el retorno de la nación-Estado y el Leviatán”, Conferencia en la Consulta Regional del Foro de Consulta Ciudadana, ciudad de México, 4 y 5 de noviembre de 2000

aportaría nada sustantivo. El "nuevo orden" del primer Bush tendría un concepto, pero no las políticas para instrumentarlo. La "ampliación de la democracia" de William Clinton contaría con políticas, pero carecería de un concepto central. De cualquier forma, eso importaba poco a unos estadounidenses por naturaleza "etnocentristas". Paradójicamente, Estados Unidos, el país más globalizado del mundo, era a la vez el más provinciano del planeta. Tras el derrumbe de la Unión Soviética, los estadounidenses, indiferentes e indecisos, se habían vuelto complacientes: "ningún país pudo igualarlos ni compararse con ellos. La guerra del Golfo Pérsico, al comienzo de los noventa, fue una victoria fácil; y al terminar la década, bombardearon Serbia sin sufrir una sola baja. Se parecían a Gran Bretaña en plena gloria victoriana, pero con un alcance global incluso mayor"<sup>8</sup>

Efectivamente, tal como lo señala Joseph Nye, antes de los hechos del 11 de septiembre,

la mayoría de los estadounidenses prestaban poca atención a lo que sucedía fuera de su país. Ni siquiera les interesaban las acciones y políticas de Estados Unidos en el mundo. Pocos acontecimientos en el mundo ocupaban un lugar destacado entre los temas de interés general. Entre 1989 y 2000 las cadenas de televisión cerraron sus corresponsalías extranjeras y redujeron sus contenidos internacionales a dos tercios. Los ejecutivos de televisión descubrieron que a los adultos jóvenes les importaba más la dieta Zone que las sutilezas de la diplomacia de Oriente Medio.

Las pocas veces que un tema de la agenda llegaba a debate público, era con un enfoque ingenuo o arrogante: contados estadounidenses creían que la política exterior de su país podía ser considerada otra cosa que no fuera amigable o benévola.<sup>10</sup>

George W. Bush, "estudiante mediocre, empresario sin éxito, político con un discurso político tan simple como conservador",<sup>11</sup> no podía ser la excepción a la regla. Precisamente su gran éxito como candidato del Partido Republicano para ocupar la Casa Blanca en noviembre del 2000, radicó en su acierto de encarnar la imagen del "tipo corriente con el que la mayoría de los norteamericanos se sentirían a gusto charlando frente a una hamburguesa y una cerveza en una

<sup>8</sup> Joseph S. Nye Jr., *La paradoja del poder norteamericano*. Santiago de Chile, Taurus, 2003, p. 9

*Ibid*

<sup>10</sup> Phyllis Bennis, *Before & after US foreign policy and the September 11<sup>th</sup> crisis*, Nueva York, Olive Branch Press, 2003, pp. 64-65

<sup>11</sup> *El país* (Madrid), 10 de julio de 2001

barbacoa de domingo".<sup>12</sup> Su inexperiencia y su desconocimiento de la situación mundial no contaban y mucho menos empobrecían su talla como gobernante ni su figura internacional. George W. Bush, al igual que la mayoría de sus compatriotas y a pesar de su ilustre linaje —hijo de presidente, nieto de senador y descendiente de otro presidente, Franklin Pierce—<sup>13</sup> no era un cosmopolita. En toda su vida como adulto sólo había viajado en tres ocasiones; su concepto del extranjero se reducía a México; confundía Eslovaquia con Eslovenia, a los fundamentalistas afganos de los "talibán" con un grupo de rock; era incapaz de recordar el nombre de más de dos líderes mundiales y no estaba dotado para los idiomas, ni siquiera para el inglés, su lengua nativa, que le costaba un enorme esfuerzo: "o sabe hablar sin tarjeta de auxilio o sus improvisaciones son un galimatías salpicado de bromas".<sup>14</sup>

El caso es que, el 20 de enero de 2001, George W. Bush, tras las elecciones más reñidas de la historia, se convertía en el cuadragésimo tercer presidente de Estados Unidos. Su administración nacía envuelta en controversia. Fue una decisión de la Suprema Corte y no el voto popular que lo instalaría como cabeza de gobierno.<sup>15</sup> Puesta en duda su legitimidad como primer mandatario y cuestionada además su capacidad intelectual, procedería a "trabajar para ganarme el respeto de la gente", tal como había dicho poco después de ser declarado ganador en los comicios presidenciales, avanzando en sus promesas de campaña: concentración en los asuntos domésticos y reducción al máximo de la acción externa de Estados Unidos. Con respecto al primer punto pondría en marcha sus primeros proyectos presidenciales: recorte de impuestos destinado a beneficiar a los más ricos, iniciativa energética que ponía a disposición de grandes corporaciones espacios naturales antes protegidos, y reforma educativa encaminada a medir el rendimiento de alumnos profesores y centros mediante un sistema de premios y castigos. En relación al segundo punto, su postura la había fijado en un debate de política internacional con Al Gore. Entonces se había pronunciado por una política exterior más modesta, alejado del protagonismo de su antecesor, quien según su juicio no había logrado distinguir lo *trivial* de lo *esencial*: "Si somos una nación arrogante, nos verán con resentimiento; si somos una nación más humilde, pero fuerte, nos darán la bienvenida",<sup>16</sup> anunciando que se intervendría poco en el

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> Carlos Fuentes, "El peor presidente", *El país*, 20 de mayo del 2001  
 Katrme Liepins, "Los 365 días que cambiaron a Bush", *Qué pasa* (Chile, COPESA), 20 de enero de 2002, p. 34

exterior y siempre en función de los intereses norteamericanos: "Se terminaron las intervenciones militares por *razones humanitarias*. A Estados Unidos no le compete el *mantenimiento de la paz* ni tiene porque estar obligado por tratados internacionales que no le reditúen beneficio alguno". Con esta perspectiva, a poco de llegar a la Casa Blanca repudiaría el Protocolo de Kioto sobre la emisión de gases contaminantes y calentamiento global; anunciaría su polémico proyecto del nuevo escudo antimisiles que violaba abiertamente el tratado de Misiles Antibalísticos (ABM), firmado en 1972 con la entonces Unión Soviética, y bloquearía las últimas órdenes ejecutivas firmadas por Clinton, especialmente la concerniente a la ratificación del Estatuto de Roma que daba vida a la Corte Penal Internacional.<sup>17</sup> A pesar de estas acciones, el primer mandatario no agradaba a nadie, ni dentro ni fuera de casa. La posibilidad de una recesión económica y la crítica internacional que lo tildaba de "vaquero tóxico" desmerecía cada vez más su desempeño.

Entonces llegaría el 11 de septiembre: "En la historia humana existe una cosa que es la suerte divina (también conocida como la suerte del diablo)"<sup>18</sup> A Bush le vendría como anillo al dedo. El 11 de septiembre

cambió para siempre los destinos del país, posiblemente del mundo, y desde luego del propio Bush. Aquella tragedia, cuyo impacto moral y económico aún no ha podido superar la dinámica sociedad americana, obligó a Bush a alejarse definitivamente de su programa de gobierno, relegar cualquier otra actividad y embarcar al país en una guerra en distintos frentes, cuya naturaleza y objetivos no tienen precedentes en ningún otro conflicto anterior.<sup>19</sup>

Providencialmente, los ataques terroristas del 11 de septiembre fortalecerían la figura presidencial y le proporcionarían a la nueva administración republicana el marco de referencia y el sustento filosófico faltante en la política exterior estadounidense desde 1989. En diciembre de 2000, Condoleezza Rice, entonces profesora de Ciencia Política de la Universidad de Stanford, había escrito que ante la ausencia del poderío soviético, a Estados Unidos le resultaba sumamente difícil definir

<sup>16</sup> Citado por Thomas Gale Moore, "Una política exterior más humilde" *San Jose Mercury News* (California), 18 de febrero de 2003

<sup>17</sup> Javier Valenzuela, "100 días de unilateralismo", *La prensa* (Panamá), 5 de mayo de 2001

<sup>18</sup> Norman Mailer "EE UU, el imperio romano del siglo XXI", *El país*, 3 de marzo de 2003

<sup>19</sup> Associated Press, 7 de octubre de 2001

su "interés nacional".<sup>20</sup> Ahora, como consejera de Seguridad Nacional, había encontrado la respuesta en la oposición al terrorismo y la acumulación de armas de destrucción masiva en manos de "Estados irre pensables". Según ella, Estados Unidos pasaba un periodo análogo al comprendido entre 1945 y 1947 cuando, para enfrentar la amenaza global del comunismo, se gestó la doctrina de la contención y disuasión, misma que regiría la política exterior de la Casa Blanca a todo lo largo de la Guerra Fría. Hoy en día, Estados Unidos enfrenta un tipo de enemigo que no sigue las reglas tradicionales, y que lanzó un ataque no provocado, "dirigido a la población civil, concentrada en territorio continental de Estados Unidos, y llevado adelante con instrumentos norteamericanos —sus principales empresas de aviación comercial".<sup>21</sup> Se trató, sin lugar a dudas, de un "acto de guerra" que como consecuencia produciría un contraataque pensado en términos de una confrontación bélica de nuevo cuño llamada "Guerra contra el terrorismo".

Precisar la modalidad, los alcances y la duración de la guerra defensiva emprendida por Washington no estaría libre de problemas. En un principio la solidaridad mundial por los trágicos acontecimientos sería incondicional, y mediante una "coalición internacional" la administración de Bush iniciaría una embestida militar contra Afganistán: "un país atrasado, a más de once mil kilómetros de distancia, con una población de veintiséis millones de personas" cuyo régimen político, el de los talibanes, había sido acusado de dar cobijo a los terroristas de Al-Qaeda. Tras el éxito parcial de esta operación, ya que el principal sospechoso de ser el autor intelectual de los ataques, el millonario saudí Osama bin Laden, no había sido capturado, ni vivo ni muerto, Estados Unidos transformaría su guerra en una cruzada moral y en una estrategia de corte militar y unilateralista, que tendría como fin último, ya no aniquilar a los terroristas, sino imponer sus valores tanto religiosos como laicos, por un lado, y por el otro, asegurar su preeminencia en un mundo unipolar.

La nueva política exterior desplegada por la Casa Blanca contaría con dos componentes esenciales: un discurso político ligado a las convicciones religiosas de George W. Bush y un sustento ideológico

Condoleezza Rice. "La promoción del interés nacional". *Foreign affairs en español* (México, ITAM), vol. 1, núm. 1 (primavera del 2001), p. 127

<sup>21</sup> Annabella Busso. "La política exterior americana a partir de la administración de George W. Bush: su impacto mundial y regional". Versión impresa de la conferencia dictada en el Centro de Estudios Internacionales, Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella, 30 de abril de 2003, p. 9

en los intereses particulares de un grupo muy cercano al presidente, los republicanos cristianos, conocidos como los “halcones”. La crisis de identidad provocada por el 11 de septiembre llevaría a los norteamericanos a congregarse alrededor de su presidente, poco importaba si era ilegítimo o no, lo que se necesitaba en esos trágicos momentos era la presencia de un líder fuerte, con autoridad, capaz de sacar al país del pánico, reforzar la seguridad y buscar a los culpables.<sup>22</sup> Bush respondería con entereza a ese reto revelando al estadista que se escondía tras el político. “Su abierta amistad y honestidad lo convirtieron en una gran persona. Es muy buen orador, no en su pronunciación, sino en su honestidad y claridad. Puedo estar en desacuerdo con él, pero no hay duda de que realmente es lo que piensa”, diría Alfred Rubin, de la Fletcher School de Boston. Previo al 11 de septiembre las veleidades religiosas de Bush formaban parte de su jocoso anecdotario; a partir de ese día, su fundamentalismo religioso abarcaría todos los frentes de su administración, estableciendo normas de conducta, como la obligación de iniciar las actividades diarias con una lectura de la Biblia. Sus creencias evangélicas cristianas, antes reservadas al ámbito de lo privado, saldrían a la luz pública, cuando en una reunión con trabajadores sociales religiosos, en la Oficina Oval de la Casa Blanca, diera testimonio de su fe en Jesucristo: “Yo no sería presidente hoy —dijo— si no hubiera dejado de beber hace 17 años. Y pude hacerlo sólo por la gracia de Dios”.<sup>23</sup> En 1989, con sus 40 años recién cumplidos, Bush, en palabras de un amigo de la infancia, había dicho “adiós a Jack Daniels para darle la bienvenida a Jesucristo”. Tiempo después, en 1999, le confiaría al predicador metodista James Robinson: “He escuchado la llamada. Creo que Dios quiere que me presente a las elecciones presidenciales”. Así que Dios, con la mediación del Tribunal Supremo, había puesto a George W. Bush en la Casa Blanca.<sup>24</sup> Imbuido por un profundo mesianismo religioso, le sería fácil convencerse a sí mismo y convencer a los demás que los atentados terroristas no se habían fraguado en el interior de la patria, el flagelo había venido de otra parte: había sido “la fuerza de Satán” contra el sistema liberal y la sociedad abierta.<sup>25</sup>

<sup>22</sup> Liepins, “Los 365 días que cambiaron a Bush” [n. 15], p. 36

<sup>23</sup> Howard Fineman, “Bush y Dios”, *Newsweek en español*, 12 de marzo del 2003, p. 18

<sup>24</sup> Carlos Fresneda, “El Dios Evangelista de Bush”, *Crónica* (Colombia), núm. 386 (9 de marzo de 2003)

<sup>25</sup> Abelardo Rodríguez Sumano, *La dinastía Bush y el Nuevo Siglo Norteamericano*, México, Aguilar, 2003 p. 99

Erguido como el brazo ejecutor de un plan divino, el ungido de Dios se preguntaría una y otra vez: ¿Por que nos odian tanto? Odian nuestra libertad, están celosos de nuestra democracia. Si detenerse a pensar, por un momento, que la política depravada de Washington seguida en el mundo entero era precisamente la que había ocasionado tanto odio y resentimiento <sup>26</sup> cierto autor afirmó, alguna vez, que el antinorteamericanismo se había convertido en valor universal. En una ocasión la edición europea de la revista *Time* había hecho una encuesta en su página web: “¿Qué país representa un mayor peligro para la paz mundial en 2003?” De los 318 000 votos emitidos las respuestas eran: Corea del Norte, 7%; Iraq, 8%; Estados Unidos, 84%. <sup>27</sup>

Sin embargo, aunque Bush asegurada que Dios no era neutral y que América triunfaría ante la adversidad porque era voluntad del Señor, necesitaba un plan, una guía para conducir una “guerra santa” librada entre hombres de carne y hueso. Ésa sería la oportunidad que un grupo de influyentes estrategias neoconservadores había estado esperando desde el 3 de junio de 1997, cuando conformaron una organización “no lucrativa” autodenominada Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense (PNAC, correspondiente a las siglas en inglés de The Project for the New American Century). La iniciativa tenía como objetivo reformular el papel de los conservadores en toda la nación, esbozar una plataforma que pudiera frenar al Partido Demócrata en las elecciones presidenciales del año 2000 y redefinir el papel de Estados Unidos en el mundo. En su declaración de principios reclamaba “una política *reaganiana* de fortalecimiento militar y claridad moral”. <sup>28</sup>

Para los impulsores de un “nuevo siglo americano” el diseño de una nueva política exterior debía partir del reconocimiento de la “notable situación de poder” que Estados Unidos había alcanzado en los últimos años. Poco importa tener el poder sin la capacidad para ejercerlo. Al respecto, de acuerdo con un documento del PNAC, titulado “Reconstruyendo las defensas de dicho país: estrategias, fuerzas y recursos para un nuevo siglo” (conocido en inglés como RAD) se debía mantener no sólo la superioridad de dicho país sino también “excluir la emergencia de una gran potencia mundial y reacomodar el orden de seguridad internacional en función de los principios e intereses nacionales”. <sup>29</sup> Desde entonces, como parte de los intereses estadounidenses en Medio

<sup>26</sup> Chalmers Johnson, *Blowback: the costs and consequences of American Empire*, Nueva York, Henry Holt, 2001, p. 2

<sup>27</sup> Mailer, “El UU, el imperio romano del siglo XXI” [n. 18], p. 2

<sup>28</sup> “El Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense, la Doctrina Bush y la guerra contra Irak” *Move on bulletin*, 9 de mayo del 2003

<sup>29</sup> *Ibid*

Oriente y de la necesidad de una mayor presencia de sus fuerzas en el Golfo Pérsico, se recomendaría el derrocamiento de Saddam Hussein en Iraq.

En el texto se recomendaba también aumentar significativamente el gasto de defensa militar, modernizar las fuerzas armadas, fortalecer los vínculos con los aliados democráticos, desafiar a los regimenes hostiles, promover la causa de la libertad política y la libertad económica en el exterior y aceptar la responsabilidad única de Estados Unidos en la preservación del orden internacional.<sup>30</sup>

El grupo firmante del PNAC era muy sugestivo. Se destacaba el vicepresidente de George Bush padre, Dan Quayle; el actual vicepresidente de George W. Bush, Dick Cheney; el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld; el subsecretario de Defensa con Cheney y ahora con Rumsfeld, Paul Wolfowitz, así como ideólogos y profesores de la Universidad de Yale y de la Johns Hopkins, como Francis Fukuyama, Donald Kegan y Aaron Friedberg.

La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América, emitido por la Casa Blanca el 20 de septiembre de 2002, conocida también como "Doctrina Bush" o "Pax Americana" retoma y hace suya la ideología sustentada por los miembros del PNAC.

En primer lugar, dicha Estrategia promulga la acción militar preventiva contra estados hostiles y grupos terroristas que intentan elaborar armas de destrucción masiva. En este apartado, Estados Unidos justifica su derecho a la autodefensa en el artículo 51 de la Carta de Naciones Unidas, que permite en ciertos casos la utilización de tal recurso, pero teniendo como norma la existencia previa de una agresión para actuar en consecuencia. Washington la interpreta a su manera y conveniencia: "Nuestra mejor defensa es una buena ofensiva". Como cuestión de sentido común y autodefensa, Washington "actuará contra esas amenazas en ciente antes de que éstas terminen de concretarse".

En segundo lugar, la Estrategia declara que Estados Unidos no permitirá que ninguna potencia extranjera dispute su poderío militar en el mundo: "Nuestras fuerzas serán lo bastante potentes como para disuadir a adversarios potenciales de emprender una acumulación de fuerzas con la esperanza de sobrepasar o igualar el poderío de los Estados Unidos".<sup>31</sup> De un plumazo entierra la política de disuasión y

<sup>30</sup> Rodríguez Sumano, *La dinastía Bush* [n. 25], pp. 96-97

<sup>31</sup> Keir y Robert Lieber, "La Estrategia de la seguridad nacional del presidente Bush", *Agenda de la política exterior de los Estados Unidos de América*, periódico electrónico del Departamento de Estado de Estados Unidos, vol. 7, núm. 4 (diciembre de 2002), pp. 36-40.

contención de la Guerra Fría y con ello la premisa de prevenir la guerra, a través de un "equilibrio de poder" creado por la amenaza mutua que ejercen unas potencias sobre otras. La reemplazaría una carrera armamentista sin precedentes, que convertiría a Estados Unidos en el "único país que vigila al mundo mediante cinco mandos militares internacionales, mantiene más de un millón de hombres y mujeres armados en cuatro continentes, despliega buques de guerra para vigilar los océanos, garantiza la supervivencia de países como Israel o Corea del Sur, maneja mandos de comercio mundial y alimenta mentes y corazones de todo el planeta con sus sueños y deseos".<sup>32</sup> Asimismo el gasto militar de la superpotencia es igual al del conjunto de los 15 países más poderosos del mundo.

Tercero, la Estrategia expresa su compromiso con la cooperación multilateral internacional, aunque establece claramente que este país "no dudará en actuar solo, en caso de ser necesario" para defender sus intereses y su seguridad nacional, consagrando el dominio unilateral del mundo por los Estados Unidos y de esta manera la noción de imperio. Aquí subyace la idea de que si bien Estados Unidos no debe apartarse del mundo, debería de operar en él bajo sus propias premisas. Esta convicción está basada en el juicio según el cual ningún otro país o coalición (ni siquiera la Unión Europea) tiene la capacidad para imponer el orden. Es decir, Estados Unidos se asigna también el papel de policía y juez del mundo en detrimento de las reglas, tratados y asociaciones internacionales.<sup>33</sup>

Por último, la Estrategia proclama como objetivo extender la democracia y los derechos humanos a todo el mundo, retomando uno de los principios rectores básicos de la política exterior de Estados Unidos a lo largo de su existencia: el *excepcionalismo norteamericano*, es decir, la idea de que sus valores y sistema político son excepcionales y por lo tanto deberían de ser emulados por el resto de las naciones del mundo.<sup>34</sup> En otras palabras, dicho principio rector convierte a Estados Unidos en el faro del mundo y funciona como esquema de justificación de una política exterior de Cruzada.

Sería en Iraq, uno de los tres países señalados por Bush como integrante del "Eje del mal" junto con Corea del Norte e Irán, en donde

<sup>32</sup> Michael Ignatieff, "The American Power", *The New York Sunday Magazine* (Nueva York), 2 de enero del 2003

<sup>33</sup> G. John Ikenberry, "La ambición imperial de Estados Unidos", *Foreign affairs en español* (México, ITAM), vol. 2, núm. 3 (otoño-invierno del 2002), pp. 12-13

<sup>34</sup> Busso, "La política exterior americana a partir de la administración de George W Bush: su impacto mundial y regional" [n. 21], p. 15.

la Casa Blanca aplicaría su nueva Doctrina de Seguridad Nacional. Si bien era cierto que no contaba con las pruebas que vincularan a Iraq con los grupos terroristas fundamentalistas; que existía una franca incompatibilidad entre Bin Laden, el “fanático religioso”, y Saddam, el “bruto irreligioso”; que no se estaba frente a un gobierno con tendencias teocráticas; que no se habían podido encontrar las armas de destrucción masiva y que el problema de los derechos humanos y la carencia de instituciones democráticas estaban presentes en varios países de la región, lo que al final contó fue la decisión tomada desde 1997, cuando se conformó el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano.<sup>35</sup>

El asunto de Iraq, más que un acierto, sería un desatino de la administración de Bush: por los intereses petroleros de unos cuantos arrastró a su país y a un número no muy grande de aliados a una guerra que implicó un alto costo en vidas humanas y pérdidas materiales, sobre todo para la población civil de Iraq, que veía en las fuerzas armadas estadounidenses no a un ejército liberador, sino a una fuerza de ocupación; con el enfrentamiento y de acato al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas minó la autoridad moral de este organismo internacional y lo condenó a muerte: Estados Unidos no fortaleció su posición hegemónica mundial sino por el contrario debilitó su base de apoyo en el mundo: de los 191 miembros de la ONU, sólo 46, es decir 25 %, lo acompañó en su aventura; en lo que se refiere a los costos económicos, la reconstrucción de Iraq, a cargo principalmente de Washington, está muy lejos de concretarse, con implicaciones negativas para la propia economía estadounidense, que va a la deriva; todo ello aunado al desprestigio que implicó para Bush, como autoridad moral, la sarta de mentiras que no tardarían en relucir y a su incapacidad para poner orden en la región.

Finalmente nos resta una pregunta y una reflexión, ¿lleva Estados Unidos el camino correcto? Pues como afirma Ikenberry, profesor de la Universidad de Georgetown: “Un poder estadounidense no sujeto a rendir cuentas, carente de legitimidad y desembarazado de las normas e instituciones nacidas en la posguerra y características del orden internacional, será el heraldo de un sistema internacional más hostil, que hará mucho más difícil satisfacer los intereses estadounidenses”.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> *Ibid*

<sup>36</sup> Ikenberry, “La ambición imperial de Estados Unidos” [n. 33]. p. 13